



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La gota de agua y el grano de sal*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*El ideal* (poesía), por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—*Un traje de gasé* (continuación), por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilches.—*Variedades*.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, n.º 872.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

## REVISTA DE MODAS.



UELE ser cuestion entre nuestras primeras modistas y algunas elegantes damas, si para comida de etiqueta debe preferirse el traje escotado ó el traje alto: cuestion es esta que no está enteramente decidida entre nosotros, por mas que en París sea una necesidad el vestido escotado para una comida de ceremonia. Aquí se ven alternar en convites de etiqueta cuerpos altos con cuerpos escotados, aunque la preferencia esté por los últimos. Una comida de etiqueta es preludio de una soiré mas ó menos concurrida, y por lo tanto el traje de etiqueta debe ser el adoptado.

Para estas comidas oficiales, de que siempre son excluidas las jóvenes solteras, convienen las telas ricas, el terciopelo, el raso, el brocatel, y los encajes en toda su variada escala. El cuerpo de escote cuadrado y la manga perdida, constituyen siempre una confeccion rica para esta clase de actos ceremoniosos, y sienta admirablemente á la majestad de una señora casada.

El invierno es la época de las maravillas en el terreno de la Moda, y la descripcion de los variados trajes que pueblan los salones, constituye un verdadero cuento fantástico, salpicado como ellos de oro y de brillantes. Estas maravillas son gratas de ver, de referir... y aun mas, de llevarse! Empecemos, pues, á ocuparnos de ellas.

El oro, que comenzó haciéndose indispensable en nuestros sombreros, estiende su dominio encantador á los trajes de salon, y el sembrado de oro enriquece el terciopelo, el brocatel, la gasa y la tarlatana, contándose además el oro como adorno muy principal de los trajes. Uno de los mas distinguidos que he visto en este nuevo carácter de la Moda, consiste en un traje de raso azul celeste (*Figurin*

núm. 872) de falda muy nesgada y prolongada cola, con una tira de tul blanco orillada de encaje y sujeta de trecho en trecho por hojas de oro, que figuran otros tantos broches. Cuerpo y sobrefalda de tul blanco, levantada á los dos lados por barbas de encaje blanco, que parten del talle, sujetas á su mitad y á su terminacion en lazo por hojas de oro. La berta la forma una tira de raso azul orillado de encaje á los bordes, que cruza por delante en fichú, se anuda por detrás en el talle, y descende en largas caidas abiertas y sujetas á su vez por un lazo de encaje blanco con hoja en el centro, repitiéndose estas además en el hombro, pecho y talle, donde se cruza la berta. Debe servir de complemento á este traje un peinado sencillo con diadema de oro.

El encaje que el año anterior figuraba en primer término para los vestidos de soiré se sostiene este año á la misma altura, y las túnicas de encaje negro, alternaran con los vestidos de baile negros, en tul ó gasa salpicados de oro. Para estos trajes es indispensable todavía la estensa cola, y la hechura de sus cuerpos es el escote redondo y la manga casi nula.

Los trajes de calle han sufrido en esta última quincena alguna modificacion, y segun informes fidedignos del vecino imperio, se cortan las últimas faldas muy nesgadas por delante, pero con los paños enteros por detrás, que se pliegan á frunce grueso, para formar la cadera, que empieza á quererse mas acentuada.

En este último género recomiendo especialmente un vestido de terciopelo imperial gris perla, con falda que toca en el suelo, aunque sin cola, y paños nesgados solo los de adelante con grueso frunce en toda la parte de atrás. (*Figurin citado*.) Sobre esta falda va otra, unida al cuerpo alto en forma de sotana, completamente nesgada, terminada al



canto por ondas ribeteadas de raso del mismo color: un grupo de hojas recortadas en terciopelo, recoje la sobrefalda á cada costado, y un bordado de seda figurando una guirnalda de hojas, adorna el cuerpo y la manga superior, que es perdida y de bordes ondeados, dejando ver otra justa interior. Para acompañar á este traje, debe elegirse un sombrero de terciopelo imperial blanco, con bavolet y bridas de tul bordado, y hojas y bolas de terciopelo.

Aunque los trajes de niñas, sobre todo de ocho años para arriba, sean una perfecta reproduccion de los nuestros, aconsejaré á las mamás que tengan una hermosa niña de diez años, un traje sencillo y rico que tengo á la vista. Compónese de falda interior de cachemir color de cereza, y falda superior y paletot recto y holgado de terciopelo negro, adornado alrededor y en las costuras, así como la falda en el bajo, de pasamanería negra. Para acompañar á este confortable traje infantil, debe adoptarse un gorrito redondo de terciopelo, adornado alrededor de plumas rizadas, y con tres plumas grana además, por delante.

Las plumas que empezaron á gozar gran favor el año último para adornar trajes ricos, no le obtendrán menor este año, y vestidos y sombreros se ostentarán con cenefas de rizada pluma, disponiéndose en los primeros alrededor del escote como una berta, costuras de sobre-falda ó en bandas para levantarla á los lados, y en los segundos en diadema, en pouf cubriendo toda la parte de adelante, y en bridas que se cruzan debajo de la barba con una rosa ó un broche de oro. No es fácil dar una idea de la gracia y cómodo abrigo que ofrecen al rostro estas bridas, ligeras, vaporosas, y de tanta riqueza como novedad. Ya que nuestros sombreros, con su tamaño reducido, se empeñan en no proporcionarnos todo el abrigo que están llamados á prestar, justo es buscar en sus adornos y accesorios con que remediar aquella falta. La pluma además empieza á dominar en alto grado, y debe adoptarse sin vacilar en estos casos en que es útil y graciosa.

No así en otros, lectoras mías: las escentricidades de la Moda rayan á veces en lo inverosímil, y se necesita muy buen tacto para sujetarse á sus decretos sin caer en el ridículo. Ayer eran cinturones con llaves y cerraduras..... ¡Hoy son sombreros de pieles y manguitos de pluma! Los

primeros de forma húngara, como los de los niños, se destinan á montar á caballo y á partidas de caza, y en estos casos no puedo menos de admitirlos; ¡pero los segundos recuerdan en su combinacion todos los colores del papagayo! Las plumas se colocan formando rayas verticales ó diagonales, en verde, naranja, encarnado ó azul..... no me atrevo á dar seguro el éxito de esta combinacion atrevida, y prefiero recomendaros, como en mi revista anterior, los manguitos de marta, astrakan y petit-gris, de tamaño pequeño, y adornados con su linda cabecita. Las corbatas de piel, terminadas á los extremos con cabeza y cola, gozan de tanto y más favor este año que los boas, y con cabecitas y colas de marta he visto adornado un traje de terciopelo que representaba un valor incalculable. De uno ó de otro género, las pieles desempeñan en la actualidad gran papel en nuestros vestidos de invierno, y un traje para el teatro Real ó para sociedad, de terciopelo negro con manga á la griega guarnecido de cisne en el escote y manga, seria tan aceptable como uno de poplin para casa con chaqueta cruzada por delante á lo Guardia francesa, con sardinetas de cordón de seda, y todo alrededor guarnecida la chaqueta de marta ó astrakan. Esto es ir á buscar la aplicacion de las pieles en sus dos extremos, y en ambos muy admisibles.

Inútil me parece advertir que su mas estenso uso debe quedar reservado á la señora casada. La jóven soltera puede gastar de piel el manguito, la corbata y el guarnecido y bridas del sombrero..... ¡Esto basta á su abrigo y hermosura! Para ellas no se hicieron las telas pesadas que exigen guarnecido de piel. Para ellas están los trajes de seda lisa, las lanas en toda su variada escala, y para sociedad el glasé, el tul, la tarlatana..... ¡y toda la lluvia de oro y de flores que este año domina en primer término! ¿Qué más pueden apetecer sus juveniles encantos? Dejen á otra edad y otro estado el uso del brocatel, del raso, de las plumas y de las joyas. Para ellas un traje sencillo y un fichú María Antonieta será el colmo de la elegancia..... Pensando en ellas se reparte con este número un patron de fichú María Antonieta, que aconsejo utilizar á todas mis lectoras jóvenes y lindas.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### LA GOTA DE AGUA Y EL GRANO DE SAL.

Recuerdo que era una tarde deliciosa del mes de Abril, cuando Ernestina dejó el colegio en donde nos educábamos, para ceñir la blanca corona de las desposadas.

No podeis figuraros lo que era Ernestina: alta, esbelta,

de rostro hermoso, de modales delicados. Su alma estaba en perfecta consonancia con su figura. No habia ninguna entre nosotras mas modesta, mas complaciente, mas sumisa. No se necesitaba dirigirla jamás ninguna súplica, bastaba con dejar traslucir un deseo, para que ella lo realizase al instante, aun á costa de los mayores sacrificios, y como el espíritu humano propende al abuso, casi siempre abusábamos de su inefable mansedumbre.





*Jules David*

Lamoureux imp. r. Lucepale, 30, Paris.

Ad. Goubaud Ed. Paris

872

## LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Coiffures de M<sup>me</sup> Fieffort, r. Grange Batelière, 1 - Chapeaux de M<sup>me</sup> Alexandrine, 2, r. Meyerbeer (Ch.<sup>ie</sup> d'Antin.)  
 Costumes d'Enfant de la M<sup>me</sup> Au Cardinal Fesch, r. M<sup>me</sup> S. Augustin, 45 - Coiffures de M<sup>me</sup> Bigos (M<sup>me</sup> Seigneur) Faub. S. Honoré, 14.  
 Robes et Passementerie A la Ville de Lyon, Ch.<sup>ie</sup> d'Antin, 6. | Plumes et Fleurs de L. Condé M<sup>me</sup> Gilman, r. de Richelieu, 104.  
 Corssets et Ceintures de la Maison Billard rue Crouchet, 4. | Parfums de Violet f. de S. M. l'Impératrice rue S. Denis, 317.



C

9

D



Era tan tímida, que á pesar de tener un talento brillante y una instruccion vastísima, nunca se atrevia á manifestar sus opiniones; desconfiaba tanto de su propio mérito, que todo lo que hacian las otras le parecia mejor hecho.

—Ernestina, Ernestina, le decia á veces nuestra ilustrada Directora; una sola gota de agua de más, hace desbordar la copa; un solo grano de sal, hace que los manjares sean amargos en vez de sazonados. La sobrada humildad, la timidez excesiva pueden causar tantos males en el seno de las familias, como el excesivo amor propio y la soberbia.

Piensa que tu destino no es como el de la hoja que gira á merced del viento, ni como el del átomo de polvo que arrastran las turbias ondas. Serás esposa y madre, tendrás que dirigir una casa y la educacion de tus hijos; tendrás que hacer frente á la voluntad de esos pequeños tiranuelos y á la voluntad de tus criados; tendrás quizás que hacer frente á las pasiones desbordadas de tu esposo. Piénsalo bien, Ernestina. Pesan sobre la conciencia de la mujer altas y trascendentales responsabilidades, y no puede hacer como el pájaro que canta en la rama sin cuidarse del porvenir, ni como la mariposa que aletea entre las flores. Dios te ha dotado de un alma formada á imágen de la suya, de una inteligencia, chispa de su divina inteligencia, y debes reverenciar á la primera, haciendo que todos la reverencien, y usar de la segunda para labrar la ventura de cuantos te rodeen.

Ernestina se casó con un oficial del ejército, joven, hermoso, de brillantes prendas; pero algo absoluto en sus ideas, algo despótico en su conducta.

Cuando ambos esposos regresaron de un largo viaje que hicieron recorriendo la Francia, la Italia, la Alemania, la madre de Ernestina advirtió que su hija no era la dulce compañera de su marido, sino su esclava.

Las predicciones de nuestra Directora se habian cumplido: la excesiva condescendencia, los excesivos miramientos, aquel extraño anonadamiento que hacia de sí misma y de todas sus facultades, aquel incesante sacrificio de su voluntad, aquella abnegacion sin límites, habian dado por resultado que Carlos, que así se llamaba el esposo, no la apreciase en su justo valor, y desestimase sus bellas cualidades.

Acostumbrado á una obediencia pasiva y estóica, á un asentimiento constante, tanto para lo bueno como para lo malo, habia llegado á olvidar que Ernestina era un sér dotado de alma, inteligencia y voluntad, considerándola, por el contrario, como un autómeta, como un maniquí, dispuesto á satisfacer todos sus caprichos.

Abusaba, por lo tanto, de su mujer, como habíamos abusado todas, y no solo menospreciaba sus mas sensatas ideas y ridiculizaba sus actos, sino que hacia que le prestase los servicios mas rudos é inconsiderados.

Y con este tratamiento, la pobre Ernestina se volvia cada vez mas tímida, cada vez mas humilde y verdaderamente inútil para todo.

Escusado es decir que era la mas desgraciada de las criaturas, y que sus ojos no cesaban de verter llanto.

—¡Hija mia, la decia su desolada madre, estrechándola

entre sus brazos, ¡yo no puedo poner remedio á esto! es preciso que el remedio venga de tí, es preciso que sea tu conducta la que obre una reaccion favorable sobre su espíritu obcecado. Carlos es bueno, te ama; pero te ama como amaria á una niña incapaz de raciocinio y de consejos. Preciso es que le reveles que tienes un alma, una inteligencia, una voluntad, y que si cedes á todos sus deseos es por amor, por abnegacion y por deber; pero que no puedes, ni debes suscribir del mismo modo á sus sin razones y caprichos.

—Es tarde! respondia la infeliz anegada en llanto. Carlos es bueno, pero su carácter es algo violento. Acostumbrado á mi inalterable mansedumbre, cualquier acto enérgico de mi parte le exasperaria rompiendo los lazos que nos unen.

Su madre callaba y suspiraba.

La Providencia vino en auxilio de la triste esposa.

Estalló un motin; varios oficiales subalternos vendieron y comprometieron de tal modo á Carlos, á la sazón coronel de un regimiento, que éste, aunque inocente, parecia culpable de alta traicion, y acreedor á una infame muerte.

A consecuencia de esto, fué preso y encerrado en un negro calabozo.

¿Cómo pintar la desesperacion de la desolada esposa, madre ya de una tierna niña?

Pero la inminencia del peligro y la inmensidad de su amor, la prestaron una energía desconocida.

Reunió las pruebas de la inocencia de su esposo, y voló á la córte. Presentóse á los jueces, á los altos dignatarios del Estado, á la misma Reina.

Asombrándose ella misma de su fácil y espresiva elocuencia, supo cautivar los ánimos de todos, de tal modo, que no hubo en Madrid quien no se interesase por la bella y modesta intercesora.

Reanimada por las alabanzas, enardecida por la benévola acogida que hallaba en todas partes, Ernestina adquirió por fin aquella prudente confianza en sí misma, que la era tan necesaria.

Los hilos de la trama que envolvía á su esposo, estaban tan bien tejidos, tan bien esparcidas las calumnias, que demostrar su inocencia era casi un imposible. Ernestina acometió con ánimo esforzado este imposible.

Su talento no necesitaba mas que una ocasion favorable para manifestarse; ella misma redactó la brillante defensa, que obtuvo en premio la completa rehabilitacion de su marido.

Cuando llena de júbilo y de orgullo se presentó al que la habia visto partir con una sonrisa de desprecio, ostentando el precioso documento que le devolvía su libertad, su honor, sus consideraciones sociales, Carlos cayó de rodillas, y contemplándola con una estraña mezcla de asombro y de ternura, exclamó entre sollozos:

—¿Es posible que hayas sido tú, tú mi dulce y tímida Ernestina, la que ha hecho todo esto? ¡Yo me reia de tus cartas, yo me burlaba de las relaciones de mis amigos; perdona si no te he conocido hasta hoy; perdona si hasta hoy te he menospreciado y desatendido!

La dulce Ernestina ciñó su cuello con ambos brazos, y selló sus labios con un beso.



—Desde hoy, le dijo, renacemos á nueva vida. Ámame tú, y considérame como á una tierna compañera, que yo jamás dejaré de ser una esposa amante y sumisa.

Cárlos aprovechó la lección, y trocó en entusiasmo el anterior menosprecio. Refrenó su carácter, y rodeó á su mujer de amor y de respeto. Por su parte Ernestina cumplió su palabra, no abusó de su triunfo, y fué lo que debe ser la esposa cristiana, con respecto al compañero de su vida.

Jamás hubo un matrimonio mejor, ni mas dichoso que el suyo.

Cárlos ascendió, llegó á ser general, obtuvo el mando de una provincia, y Ernestina, desechando su antiguo ridículo encogimiento, supo mostrarse á la altura del alto

papel que la habia reservado la suerte en el teatro del mundo.

Varias veces la he visitado posteriormente, y siempre la he oido repetir á su hija las palabras de nuestra anciana directora.

—La excesiva humildad y la excesiva condescendencia, suelen producir en las familias tantas perturbaciones como el amor propio y la soberbia. La virtud, en esto como en todas las cosas, se encuentra en el verdadero justo medio. Sé docil y complaciente, pero no olvides *que una sola gota de agua de más hace desbordar la copa, y un solo grano de sal hace que nos parezcan ingratos los manjares mas delicados.*

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EL IDEAL.

*Quién eres? Dónde estás?*

Desde la vez primera que el alma mia  
La misteriosa melancolía  
De amor sintió;

Desde el primer instante que mi cariño  
Tornóse amante pasión de niño,  
Te adoro yo!

Desde entonces tan solo por tí amo y siento,  
Y no respiro sino el aliento  
Que tú me das;

Desde entonces contigo van mis placeres,  
Y aun de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!

Yo te busqué en los campos del valle mio,  
Por las montañas y el bosque umbrío,  
Do quier que fui;

Y al ver que tú encantabas otros lugares,  
Mi amada aldea, mis dulces lares  
Dejé por tí!

De tus amores solo sedienta el alma,  
Partí en mi pena, placer y calma  
Dejando atrás;

Por tí esquivé el encanto de cien mujeres,  
Y aun de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!

Tal vez de los espacios del bien risueños,  
En las quimeras de mis ensueños  
Bajar te ví;

Tal vez tendí los brazos, hallé el vacío,  
Y entre tinieblas el llanto mio  
Brotó por tí!

Lamento misterioso de amor y pena,  
Por tí mi canto doliente suena,  
Por tí no más;

Por tí ferviente invoca los almos séres,  
Y aun de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!

Viviente luz que ciego mi amor ansía,  
Que triste llevas el alma mia  
Del tuyo en pos;

Mujer á un tiempo y ángel sin faz ni nombre,  
Que el bien me ofreces que puede el hombre  
Lograr de Dios!

Virgen diosa del templo de mis placeres,  
¿Cuándo, qué día sabré quién eres  
Y dónde estás?

¡Ay! en vano esta duda mi pecho afana;  
Hoy mismo acaso!... tal vez mañana!...  
Tal vez jamás!!

EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

### UN TRAJE DE GLASÉ.

(CONTINUACION.)

Nada faltó, pues, aquel dia para la felicidad de aquella honrada familia.

¡Oh! Diana podia estar muy satisfecha de su acción, pues tenia unos resultados admirables.

Avisada D.<sup>a</sup> Luz de la vuelta de Miguel, de su mejoría, y del placer de sus padres, habia resuelto ir con su educanda á tomar parte en él, y Luisa que lo sabia, habia cuidado de prevenir un modesto, pero precioso ramillete, para ofrecerlo á la niña, á quien todos llamaban la bienhechora.

Aquella escena fué sencilla, pero elocuente.



Diana no pudo contener algunas lágrimas al escuchar las bendiciones de aquellos ancianos padres, al recibir aquel ramo de jazmines y eliótropos, sujeto con una cinta, en la que Luisa había grabado estas palabras: «A nuestro Angel del consuelo,» y sobre todo, al oír el acento con que Miguel la decía:

—Señorita, si alguna vez necesita Vd. un hombre que dé la vida por ahorrarla un pesar, recurra Vd. á mí, que yo le juro, por el amor de mis padres, que seré feliz en ofrecerle mi sangre.

—¡Oh! exclamó la hermosa niña, si todas supieran el placer y la emoción que siento en este momento, si todas supiesen la alegría que llena mi corazón, indudablemente muchas nobles damas sacrificarían una parte de sus inútiles adornos para dar su importe á los que la suerte hubiera hecho desgraciados. Yo por mí solo puedo decir, ¡qué hermoso es hacer bien, y bendito sea el importe de un traje, si se emplea en una buena acción, que en vez de adornar el talle, adorna y embellece el alma!

## XI.

Al siguiente día, el hijo de D. Diego se levantó muy temprano para dirigirse al despacho de su principal, confiado en que éste le recibiría con la misma bondad que otras veces.

Miguel había cumplido siempre bien, tenía su conciencia tranquila, pues el mezquino sueldo que le daban, había sido siempre ganado por él con exceso.

Pero sus esperanzas se iban á ver bien pronto destruidas.

El anciano, que ya había dudado de su probidad, por un movimiento impensado é instintivo, frunció el ceño al verle aparecer, y solo le dijo con voz breve, respondiendo á sus respetuosos saludos:

—Bien, bien; estoy bueno, Vd. también parece estarlo según su aire satisfecho y su buen semblante: póngase usted á trabajar, que es lo que importa.

Miguel se quedó cortado, y dirigiéndose á la mesa empezó á escribir, cumpliendo las órdenes de su principal. Éste, por su parte, no cesaba de mirarlo con un afán impertinente: buscaba en el traje, en la mirada, en el ademán del jóven algo de nuevo, de extraordinario, que le hiciese afirmarse en sus sospechas, y aunque Miguel era el mismo de siempre, modesto, trabajador, callado; su misma modestia, su afán y su silencio, tomaban ante los ojos del abogado las formas de la reserva, de la hipocresía y del anhelo de ocultar sus faltas.

Miguel, pues, sujeto á aquella observación, tratado con desvío y frialdad, pasó un día violento y penoso, revolviendo en su imaginación los motivos de aquella marcada variación.

—Tal vez le habrá disgustado mi viaje, pensaba, tal vez le habré hecho falta estos días, y por eso.... en fin, esperemos.

Cuando llegó la hora de retirarse, Miguel, que quería á toda costa volver á ganar el aprecio de su principal, juzgó que el mejor modo de hacerlo era doblar sus esfuerzos,

trabajar más que ninguno de sus compañeros, y por eso exclamó:

—Yo no tengo prisa ninguna, podéis marcharos vosotros, pues quiero concluir esta copia que tengo empezada.

Al escuchar aquella proposición, la frente del abogado se contrajo visiblemente, era indudable para él que Miguel quería quedarse solo, y un pensamiento extraño cruzó por la imaginación del viejo.

—¿Si tendrá otra llave de mi cajón? se dijo; bien pudiera ser; y yo que no había pensado en ello.... lo mejor será no dejarle solo ni un momento.

Y después, dirigiéndose á Miguel, exclamó:

—Nada, nada, vámonos todos juntos, mañana se trabajará más, en haciéndolo con mayor afán, por hoy hemos terminado; y se dispuso á salir esperando que el jóven lo hiciese antes, y cerrando la puerta tras sí.

Esta acción hirió vivamente el alma de Miguel; seguramente se dudaba de él, y se le manifestaba de una manera bien marcada y cruel.

Salió, pues, en silencio y se dirigió á su casa mucho más triste, á la verdad, de lo que la había abandonado por la mañana. Por más que meditaba no se podía explicar lo que acababa de sucederle, y aunque nada dijo á sus padres, éstos no pudieron menos de conocer su disgusto y de participar de su inquietud, aun sin saber la causa de ella.

## XII.

El hermano de Adela pasó una noche fatal.

Sus ojos no se pudieron cerrar al sueño en toda ella, pues de continuo se le representaba un porvenir triste y sombrío, si en aquella donde casa siempre le habían dado tantas muestras de confianza dudaban ahora de él.

—Tal vez habrá sido una ilusión mía, se decía en medio de su trastorno; tal vez una casualidad, esperemos, ¡oh! Dios quiera que llegue pronto el día para salir de esta duda.

Y así luchando con estas ideas, pasaron las interminables horas de la noche, lentas, silenciosas y sombrías, como la imagen de la muerte.

Más como el tiempo se escapa sin cesar de nuestra mano, y por más que á veces queremos detenerle ó precipitar su curso, siempre marcha con la misma regularidad, amaneció al fin, y Miguel dejó el lecho, se vistió y se dispuso á ir á su obligación.

El pobre jóven estaba pálido; hacía muy poco que la enfermedad había abandonado su presa, y una emoción cualquiera, un pesar profundo, una gran sorpresa, pudieran hacerla aparecer con fuerza mayor, con la violencia de una recaída.

Luisa se apresuró á ofrecerle su modesto almuerzo con su dulzura acostumbrada, pero Miguel apenas probó un bocado, ansiando llegar á casa de su principal, y sin pensar, en su impaciencia, que iba á llegar dos horas antes de lo que acostumbraba ir.

El abogado, cuyo nombre no hemos dicho aún, y á quien llamaremos D. Juan, estaba todavía entregado al sueño sin sospechar la llegada de Miguel; pero como hacía dos años



que el joven frecuentaba aquella casa, los sirvientes del anciano no tuvieron inconveniente en franquearle la entrada y pudo penetrar en el despacho, donde principió su trabajo con una actividad estremada.

Estaba solo y podía por consiguiente entregarse á sus reflexiones sin tener quien le distrajesse de ellas; así pasó mas de hora y media.

Al cabo de este tiempo, D. Juan se levantó y bajó á su despacho para empezar sus tareas diarias; pero su sorpresa fué notable al encontrar allí á Miguel.

—¡Cómo! dijo con acento de profundo disgusto, ¿quién ha mandado abrir esta puerta? ¿quién ha dispuesto que se altere el orden en las horas de trabajo?

—Es que yo... murmuró Miguel turbado; yo queria...

—¿Desde cuándo está Vd. aquí? preguntó D. Juan con violencia.

—Ya hace tiempo... mas no sé fijamente... balbuceó el desgraciado que sentía por momentos aumentarse su trastorno.

D. Juan, por un acto acaso independiente de su voluntad, é inspirado solo por las sospechas que le habian hecho concebir contra Miguel, se dirigió instintivamente á su cajon y examinó con rapidez el estado de la cerradura.

Este movimiento que Miguel pudo notar fácilmente, le estremeció de un modo terrible, y le hizo exclamar:

—¡Dios mio! ¡D. Juan! ¿qué significa esto?

—Significa, respondió el anciano abogado, sintiendo á cada paso acrecentarse sus dudas, tanto por la ansiedad de su interlocutor, como por la fatal coincidencia del empeño que aquel habia manifestado de estar solo en aquella estancia desde la tarde anterior; significa que puede Vd. volver á su casa, pues no necesito de sus servicios.

—¡Cielos! ¿me despide Vd?

—En este instante.

—Pues yo... ¿en qué he faltado á mi deber?

—En... en nada; pero hemos terminado.

—¿Está Vd. descontento de mi trabajo? preguntó Miguel con voz anhelante y afanosa.

—No, no es eso, respondió D. Juan.

—¿No he sido el mas eficaz en cumplir sus órdenes?

—Confieso que sí.

—¿No le he dedicado mi tiempo con mas afan que ninguno de mis compañeros?

—En efecto.

—Entonces... ¡Dios mio! ¿por qué me echa Vd. así?

—Porque...

El anciano iba acaso á contestar que no queria tener en su casa una persona de quien sospechaba, cuya probidad le parecia dudosa, pero no se atrevió á espresarse así, contentándose solo con replicar:

—Creo que soy dueño de mis acciones y que á nadie tengo que dar cuenta de ellas.

—¡Es qué mis padres, balbuceó Miguel ahogado por la emocion y sintiendo que la sangre se agolpaba á su pecho, y que empezaba á faltarle la respiracion; es que mis padres no tienen mas sosten que lo que Vd. me dá, y si lo pierdo les faltará el pan, caballero!

Una sonrisa irónica fué toda la respuesta de D. Juan.

—¡Es qué son ancianos, prosiguió Miguel con creciente

anhelo; es que son ancianos, y si esto poco les falta, acaso mañana tendrán hambre! ¡acaso!...

El joven no pudo continuar; los sollozos y las lágrimas embargaron su acento por completo.

—Mal se aviene tanta pobreza con las noticias que yo tengo, dijo el abogado con acento punzante.

—¡Cómo! ¿pues quién ha dicho?...

—Sus hermanas de Vd. tienen un lujo inusitado. Usted puede pasar un mes sin trabajar; no comprendo que unas personas que se hallan en la posición que Vd. pinta, puedan hacer todo esto sin...

—¿Sin qué? preguntó Miguel que ya no veia ni podia tenerse de pié.

—Sin que su honradez sea dudosa cuando menos... y...

Estas palabras fueron un rayo para el pobre Miguel; comprendió cuanto encerraban de terrible, y cayó sin sentido á los piés de D. Juan.

Éste se estremeció involuntariamente.

El dolor de Miguel le conmovió á su pesar.

¿No podia ser inocente, y aquel lujo de que le habian hablado ser una mentira inventada por la calumnia?

Hasta entonces, nada habia visto que pudiera probarlo, y habia obrado con demasiada ligereza sin duda.

Tiró rápidamente del cordon de la campanilla, y dijo á su criado que se presentó:

—Pronto, pronto; corre á casa de Miguel, dí que vengan sus padres por él, y avisa á un médico de camino, añadiendo viendo que los lábios del joven se teñian de sangre, y que sus ojos permanecian cerrados.

El criado salió, y D. Juan pudo solamente colocar á Miguel en una butaca y esperar el resultado, luchando entre la desconfianza y la duda que una miserable calumnia habia hecho brotar en su pecho.

### XIII.

La llegada del criado de D. Juan con la noticia del grave accidente del joven, produjo en los padres de éste un dolor que en vano trataríamos de pintar.

—Vamos al instante, murmuró D. Diego, quédate tú Isabel, tú no puedes acompañarme, tardaríamos mucho en llegar. Tú, Luisa, quédate tambien con tu madre, dispon un lecho para acostarle en cuanto llegue, porque yo voy á traerme á mi hijo.

—Sí, sí, gritó doña Isabel, tráele aquí donde yo le vea, don de nuestros cuidados suplan los recursos que nos faltan. vé con tu padre, Adela.

—Voy, madre, respondió la niña.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.





## VARIEDADES.

### El Bengali. (1)

En otro tiempo el Bengali tenia una hermosa voz.

Al caer la tarde, cuando el sol tiñe de púrpura el mar de las Indias, el Bengali cantaba.

A su voz los ruiseñores celosos callaban, las mariposas llenas de admiracion posábanse en las flores que encantadas se entreabrian; y cuando de lo alto del cielo una golondrina pasajera oia al melodioso cantor, descendiendo, se paraba á escucharle olvidando su patria y su viaje.

El Bengali amaba á una pequeña rosa blanca, jóven y pura, que no habia visto aun dos soles.

Y cantaba para ella.

Y con voz triste y dulce como una plegaria, ó ya viva y risueña como una esperanza, el Bengali decia:

—Yo conozco flores hermosas; rojas como el coral, azules como el cielo, doradas como las estrellas; muchas que se contemplan en las cristalinas aguas de los arroyuelos, algunas que se esconden en los bosques, otras que florecen en las orillas del mar, y cuyos aromas acompañan largo tiempo á los marinos en sus viajes.

Pero la flor que se oculta misteriosa en las selvas, la que regala sus perfumes al mar, la coqueta que se mira en los arroyuelos; todas son menos bella que tú, mi querida rosa blanca.

Ámame, arrebatadora flor, sin tus amores el Bengali morirá.

—¿Y tus alas?... dijo la tímida rosa, las aves vuelan, las flores..... ¡ay de ellas!....

—Los corazones que aman, no necesitan alas, suspiró el Bengali.

—Ven, balbuceó la flor, mi blanca corola se abrirá para tí.....

La noche cerró, y todas las estrellas del cielo vinieron á coronar con su fulgor aquellos amores.

Las brisas perfumadas de la aurora mecieron dulcemente á la rosa y al cantor.

A los primeros rayos del sol la rosa moria, el Bengali, llorando, exclamaba:

—Génios de los aires, ahogad para siempre la dulce voz que me habeis dado, y haced que mi querida rosa viva siquiera un dia mas.

—¡No, murmuró la flor espirando, canta, canta, Bengali. Tú me has amado, y yo soy feliz! ¡Hay tantas flores que mueren sin ser amadas! Adios, adios, acuérdate de mí....

Dos mil años han pasado desde que la rosa murió, y en

estos veinte siglos el Bengali no ha vuelto á cantar ni ha amado jamás.

Su corazon no es mas que un recuerdo.

Su voz es solo un gemido.

FORTUNATO.

\*\*\*

### El cuadro.

Un viajero que iba á Fontainebleau, en donde se hallaba la corte de Francis co I, fué sorprendido por la tormenta cerca de la Abadía de San Juan de las Viñas. Entonces, espoleando á su caballo, se dirigió al convento, en donde pidió y obtuvo hospitalidad.

—Si quereis secar vuestro traje, le dijo el buen hermano que le abrió la puerta, hay arriba un pintor que ha hecho en su taller un verdadero fuego de infierno, Dios me perdone.

El desconocido aprovechó el consejo, y halló al artista pintorjeando un lienzo del modo mas infeliz que pueda imaginarse.

—¿Qué es lo que pintais? le preguntó.

—La adoracion de los Reyes Magos.

—Permitidme que os diga que vuestros personajes están muy mal agrupados.

—Puede ser, pero es ya muy tarde para cambiar su disposicion.

—¿Quién sabe? Quereis darme vuestra paleta?

—De buen grado. ¿Sois pintor?

—Algo, respondió el desconocido poniendo manos á la obra.

—El pintor fué á sentarse al lado del fuego, y se durmió.

Cuando el pobre hombre se despertó al cabo de algunas horas, vió que el desconocido seguia trabajando con entusiasmo.

—Eh! eh! no vayais á echarme á perder mi cuadro, le dijo.

—Venid y lo vereis.

El pintor se aproximó y dejó escapar un grito de sorpresa: su informe composicion se habia convertido en una obra maestra.

—¿Quién sois? preguntó lleno de ansiedad.

—Un compañero que acaba de haceros un servicio, porque los reverendos padres os pagarán al doble vuestro cuadro al ver la firma que he puesto al pié.

—¡Rubens! exclamó juntando las manos con el mas vivo entusiasmo.

El cuadro transformado de este modo adorna todavía el altar mayor de la Catedral de Soissons, pues la Abadía de San Juan de las Viñas quiso regalárselo á la iglesia metropolitana, y es inútil decir que el oscuro pintor halló en el cuadro una fortuna.

\*\*\*

(1) *El Bengali* es un pajarillo de Bengala, cuyo canto no es mas que una especie de quejido.



## Bibliografía.

En todos los países, en todos los tiempos, se ha rendido un férvido culto á la belleza, y se han buscado con afán los medios de aumentarla y conservarla. Estraño sería, por lo tanto, que en esta época de progreso científico en que la química ha producido infinitas maravillas, estraño sería que se hubiese descuidado tan importante asunto.

Pero faltaba un consultor fiel é ilustrado que indicase los peligros que á veces ofrecen, tanto para la salud como para la hermosura, esos cosméticos que se multiplican cada día, y el *Tocador higiénico* ha venido muy oportunamente á llenar este objeto.

Creemos, pues, hacer un verdadero servicio á nuestras lectoras recomendándolas este precioso libro, que se halla de venta en esta Administración al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, franco de porte.

## MODAS.

## Explicacion del Figurin de Peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado* para acompañar á traje de baile, compuesto de bucles, bandós vueltos y cocas por detrás.

Para ejecutarle se abre raya de una á otra oreja y se divide el pelo de cada rizo en cuatro partes; la superior se rodea á una pequeña almohadilla figurando un bucle hácia arriba, que se prende semicircular, uniéndose por el extremo con el de otro rizo; con las dos partes que siguen se hacen otros dos bucles debajo del primero, y la última se levanta hácia atrás, sujetándola en el tronco, que se atará muy alto. Con el pelo de atrás se hace una gran coca en el centro con dos bucles á los lados, que descansan sobre el pelo que se ha levantado de la sien. Falta para completar el peinado, colocar á la izquierda un tirabuzon que al rematar se divide en tres, y un grupo de flores que bajan á enlazarse con el tirabuzon.

NUM. 3. *Peinado* María Antonieta para traje de corte, formado por erizon, tirabuzones detrás de la oreja y castaña de trenza.

Para obtener el pelo bien empolvado es necesario tomarse la incomodidad de rizarle antes, y mecha por mecha irle empolvando. El peinado que nos ocupa se ejecuta abriendo raya transversal de oreja á oreja, y levantando todo el pelo de adelante sobre una almohadilla redonda, sujetando detrás los cabellos con una cinta; el extremo del cabello de adelante se riza en tirabuzones, y todo el de atrás se levanta en castaña de trenza, sujeta por la mitad con un lazo de cinta. Si el pelo propio no bastase á dar cuatro ó seis tirabuzones gruesos detrás de cada oreja, se añaden postizos y se acaba de empolvar bien todo el peinado, colocando alto un ramo de rosas.

NUMS. 4 y 5. *Peinado* de sociedad, compuesto de bandós dobles, rulós y cocas.

Ábrese raya para este peinado como para el primero, y se riza el pelo superior de cada lado haciendo un bandó caído y otro levantado, atravesados en su mitad por un cordón de oro con medallas. El pelo de atrás se ata muy alto y reparte en retorcidos circulares, con cinco bucles á la izquierda detrás de la oreja, y un largo tirabuzon suelto. Algunas medallas van colocadas por detrás entre el peinado.

## Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Delantero* de una camiseta cuadrada, que puede servir para un cuerpo de vestido para niña. Su bordado con negro ó color á punto ruso.

NUMS. 2 y 3. *Espalda* de la misma.

NUMS. 4 y 5. *Guarnicion* y fondo de una gorra para mañana, bordada al pasado en muselina.

NÚM. 6. *Esquina*, bordada á feston para juegos de cama.

NÚM. 7. *Cenefa*, bordada á cadeneta y punto ruso para falda interior.

NÚM. 8. *Entredos*, bordado á plumetis.

NÚM. 9. *Idem* á la inglesa y quipure.

NUM. 10. *Idem* al pasado.

NUM. 11. *Cenefa*, bordada á cadeneta con color, para saya.

NÚM. 12. *Esquina*, bordada á punto ruso para pañuelo.

NÚM. 13. *Idem*, bordada con aplicacion de muselina sobre tul, para paño de altar.

NÚM. 14 y 15. *Cenefa* y *escudo*, bordados con sedas de colores, para paletot breton.

NUMS. 16, 17, 18 y 19. *Escudos* ricos, bordados á plumetis.

NUMS. 20, 21, 22, 23 y 24. *Cifras* y *nombre*, bordados al pasado.

Los patrones que van á la espalda son de un cuerpo escotado y un fichú María Antonieta. El cuerpo se compone de tres piezas, que llevan su letrero, y el fichú de dos con las letras para su empalme: no acompaña manga, porque ésta para los trajes de baile, se forma de un pequeníssimo bullon ó dos volantitos. Ahora que es la época de los trajes de sociedad, creemos que nuestras lectoras recibirán con gusto estos modelos de actualidad.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



1



2



3



4



5



décembre 1867

Imp Godard, Paris

# CORREO DE LA MODA



C

D